

Capítulo 9

APUNTES HACIA UNA ETNOGRAFÍA TRANSDISCIPLINARIA: LEER EL ESPACIO, SITUAR EL DISCURSO

Anne Huffschmid y Kathrin Wildner

1. “YO VEO LO QUE TÚ NO VES...” APERTURA

Hay un juego de niños en Alemania, quizá también en otras latitudes, que consiste en algo muy sencillo: de entrada, los jugadores se reúnen en algún lugar y miran a su alrededor, sin ningún tipo de restricción. Al que le toca escoger algún detalle, empieza a retar la mirada de los demás diciendo “yo veo lo que ustedes no ven y es...”, indicando apenas el color. A partir de ahí, los competidores empiezan a enfocar su mirada, tratando de adivinar y decir —entre la inmensidad de detalles, en todos los planos y dimensiones, que les rodea visualmente— qué es exactamente lo que esta persona quiso ver.

No se trata aquí, por supuesto, ni de adivinanzas ni de competencias. Pero sí de un juego de miradas, de cómo enfocamos nuestro campo visual en la observación de un “objeto de estudio”, cuáles son las ópticas analíticas que empleamos según el terreno metodológico y teórico en el que nos ubicamos. Y, sobre todo, hacer conciencia de que en un solo “objeto” todos veremos cosas distintas, dependiendo del ángulo y del lente escogido. Cada decisión de “enfocar” y “encuadrar” deja fuera un abanico de otras dimensiones. ¿Qué pasa entonces si sobreponemos nuestras miradas? Pues seremos capaces de ampliar nuestro campo visual, detectar más detalles y ver a mayor profundidad. Y si vamos un poco más lejos y nos dejamos contagiar por la mirada del otro, ¿encontraremos no sólo *más* detalles, sino también *otros* sentidos al “fenómeno” observado? Creemos que sí y de ello se tratan estos apuntes.

Parece —y de hecho lo es— un lugar común constatar que un objeto de estudio como “la ciudad” abarca una infinidad de dimensiones observables, como también “la cultura política” o “el espacio público”. Un terreno de investigación como los estudios urbanos es en sí un lugar

atravesado por múltiples perspectivas disciplinares. Ello se reflejó fielmente en la composición multidisciplinaria de nuestro VI Taller Internacional de Etnografía Urbana y Cultura Política, durante el verano de 2006, donde nos reunimos sociólogos, etnólogos, antropólogos visuales, politólogos y estudiosos del lenguaje, cada uno con sus objetos y métodos específicos de mirar. Este ensayo representa precisamente un esfuerzo por pasar de lo multi a lo interdisciplinario, como esa manera de relacionar y complementar las miradas de cada quien. Pero también quisiéramos dar un pequeño paso más y meternos en el complejo terreno del “contagio” analítico, desde –o más bien, hacia– una perspectiva *transdisciplinaria*: ¿cómo se modifica nuestra mirada si le implementamos algunos “enfoques” y “encuadres” del otro, a partir en nuestro caso de las categorías de *espacio* y *discurso*?

Partimos de la premisa de que ambas categorías en los hechos se compenetran mutuamente. No es posible pensar el *espacio* sin su dimensión discursiva, sin el abanico de mensajes que emite y que lo significan. Y por su parte, el *discurso* no se despliega en la nada, sino siempre en una espacialidad multidimensional. No estamos tratando, entonces, con una estructura binaria en la que el espacio es el contenedor (digamos la forma) que será llenado por el discurso (digamos el contenido). El reconocer la inseparable compenetración de ambas categorías no impide, por supuesto, que como investigadora tome decisiones de “mirar por separado” tanto la productividad discursiva como la producción de espacios, según las formaciones, disciplinas e intereses de cada quien. Así lo hemos practicado quienes esto escribimos durante largos años: Kathrin Wildner en su exploración etnológica del Centro Histórico y otras texturas urbanas (Wildner, 2005), y Anne Huffs Schmid en su investigación sobre estrategias y culturas discursivas de movimientos sociales como la guerrilla zapatista (Huffs Schmid, 2004). En esta misma publicación, ambas autoras presentamos nuestros respectivos enfoques “por separado”, a partir de nuestras propias etnografías del espacio y de “lo dicho”. No obstante, en este capítulo, aún breve espacio, quisiéramos plantear algunas ideas e interrogantes sobre cómo asociarlas.

2. ESPACIOS DISCURSIVOS, DISCURSOS DEL ESPACIO

En el centro de nuestra exploración cruzada está el interés por la constitución, la percepción, apropiación y “producción” de espacios y de sentidos a través de diversas prácticas significantes, discursivas y no discursivas. ¿Cómo son usados, reapropiados, los espacios discursivos y los discursos del espacio, en ese proceso de semiosis social en el que emergen nuevas espacialidades, poderes y capitales discursivos? Como ya dijimos, concebimos el *espacio* no como contenedor, sino como tejido o red de relaciones, que bien puede tener su anclaje en un lugar físico, pero no necesariamente. Un espacio sin delimitaciones dadas, sin techo ni suelo. En relación con el espacio urbano estaríamos hablando de los niveles materialidad, interacción social, representación y discursos (Lefebvre, 1990; Löw, 2001),¹ niveles entrelazados y compenetrados entre sí. El espacio puede materializarse en forma de un espacio construido, edificios, plazas y arquitectura; a la vez, concebimos espacios inmateriales, en forma de imaginarios, esfera pública y política, una comunidad temporal o el espacio virtual del *cyberspace*. Ambas

¹ Véase para las bases teóricas y metodológicas, el capítulo “Los tres espacios...”, de Kathrin Wildner, en este libro.

dimensiones espaciales están atravesadas por configuraciones discursivas: el espacio construido es el resultado de un proceso de negociación, o lucha de poder, que se articula también discursivamente; y el espacio temporal o imaginario puede ser concebido como un efecto también discursivo, o semiótico, creado por procesos significantes.

El *discurso* tampoco está dado por sí mismo, sino como producto de prácticas discursivas, en pasado y en presente. Es decir, el discurso genera el mundo del cual se está hablando en la medida que le dota de sentido y de poder. Nos referimos al conjunto de los textos, los repertorios, las reglas del habla y los conceptos metafóricos que integran un campo temático, el conjunto de “lo decible”, conectados entre sí a través de flujos interdiscursivos² (los medios, el habla político, la producción cultural). Estos se entretajan con otros sistemas semióticos, el icónico por ejemplo, para formar imaginarios o narrativas, no inscritos en un solo orden discursivo, sino coexistiendo o incluso compitiendo entre sí. En el caso de la Ciudad de México, por ejemplo, coexisten las narrativas de la ciudad histórica con fundamento azteca, la capital moderna como escenario de las representaciones nacionales, la metrópoli como laboratorio de la posmodernidad o la megalópolis desbordada, “posapocalíptica” y fuera de control. Estas narrativas se nutren de distintos repertorios, no pocas veces en tensión entre sí, y no pueden ser concebidos como cerrados o estáticos. Al contrario, justamente los actores políticos invierten gran parte de sus energías y recursos para intervenir en estas disputas semióticas, engancharse en narrativas e imaginarios y pretender su transformación. Los tiempos electorales son tiempos de deliberada competencia discursiva.

Entendemos por *práctica discursiva* todas aquellas que llevan algún tipo de mensaje, no exclusivamente verbal, sino siempre relacionado con algún hecho de lenguaje. Los *efectos discursivos* se pueden materializar independientemente de alguna intencionalidad, a veces involuntarios o inconscientes y no necesariamente resultados de una práctica discursiva. Por ejemplo, si en uno de los cierres de campaña las personas compran sus impermeables, un acto sin ninguna aparente noción discursiva en sí misma, desde la recepción, ellas crean la imagen de una comunidad multicolor que resiste todos los obstáculos, hasta la lluvia, para poder estar con su candidato. Este es un efecto evidentemente semiótico.

En ningún otro lado el entretajimiento entre discursividad y espacialidad resulta tan evidente como en el espacio urbano. Éste se concibe como un conglomerado de relaciones y tensiones entre forma, práctica y discurso (Lefebvre, 1990; Harvey, 1993); un tejido complejo y dinámico entre lugares e instituciones, actores y actividades, experiencias y narrativas. A nivel físico, en el “entorno construido”, en la infraestructura y en la arquitectura de la urbe, se materializan historia, ideología y relaciones de poder (Rotenberg, 1993). Lo que aquí nos proponemos es explorar *cómo se produce lo público urbano* a través de sus dimensiones discursivas y espaciales.

Vale aclarar que los *espacios urbanos* no son en sí mismos públicos. Su carácter público (accesibilidad, apertura) es precisamente objeto y producto de la interacción social, del debate, competencia y pelea entre múltiples actores involucrados. Uno de los campos centrales de los conflictos urbanos hoy en día son justamente las luchas en las fronteras de lo público, las apropiaciones privadas más di-

² El concepto de “interdiscurso” se origina de la escuela teórica del lingüista alemán Jürgen Link; véase para las bases teóricas el capítulo “El texto en escena...”, de Anne Huffschnid, en este libro.

versas (desde inversionistas hasta ambulantes), las fragmentaciones y exclusiones en el tejido de la urbanidad. Lo mismo vale para lo que concebimos como *esfera pública* (*Öffentlichkeit*, en alemán), una “arena” –o más bien un conjunto de arenas– en disputa, atravesada por fragmentaciones y asimetrías, lejos de lo que desde una noción habermasiana se entendería como arena de consensuación (Braig/Huffschmid, 2009).

El espacio público y urbano es un espacio para la presentación y representación; los grupos sociales (comunidades, colectivos de corte social, político, cultural) se apropian de él para adquirir visibilidad (discursiva) y plantear sus causas en un escenario mayor. “A no ser, claro está –como dice Delgado–, de tanto en tanto a título de autofraude, como cuando ciertos colectivos usan el espacio público para ponerse en escena a sí mismos en tanto que tales, no porque existan, sino precisamente para existir, es decir, para intentar creer que la fantasía de poseer un sedimento identitario sólido está de algún modo bien justificada” (Delgado, 1999: 45).

¿Cuáles son los respectivos puntos de partida del análisis espacial y del discurso?³ El análisis espacial pregunta por el “espacio” que emerge en los lugares concretos en el marco de una escenificación temporal, como lo es un cierre de campaña; un espacio en el cual se manifiesta una identidad política que trasciende el evento concreto y nos remite a un espacio social más amplio. En un acercamiento etnográfico se propone la exploración de la materialidad concreta de lo construido, pero también de la acción e interacción realizada en él y la dramaturgia del evento. A su vez, la investigación discursiva explora cómo se acumulan, generan y emplean los capitales discursivos en el marco de un evento de abierta competencia discursiva-política (la relación con el poder y la legitimidad), cuáles son las estrategias discursivas y semióticas, cuáles las tensiones y efectos que ahí se generan. En relación con el espacio se pregunta de qué manera éste se convierte en caja de resonancia y escenario discursivo. ¿Dónde se tocan ambos enfoques, dónde podemos identificar posibles cruces y mutuos aprendizajes?

3. CRUCES: ESCENARIOS, PRÁCTICAS, CONTROL Y PODER

A continuación queremos explorar más de cerca las intersecciones entre ambos enfoques, tomando como punto de partida algunos ejemplos de los cierres de campaña de los tres grandes competidores electorales en ese verano de 2006, en tres lugares específicos de la Ciudad de México.

ESCENARIOS Y PUESTA EN ESCENA

De entrada, para poder enlazar espacio y discurso en el análisis, tenemos que identificar los respectivos lugares en tanto “escenarios físicos”, con sus características materiales, como también los “*settings* discursivos”, en sus usos urbanos y capas significantes (históricas, culturales, políticas) que se manifiestan y se entrelazan en el espacio material e inmaterial. ¿Qué hace del estadio futbolero, el “Estadio Azteca”; de la plaza, el “Zócalo”; y de aquella ruina monumental, el “Monumento a la Revolución”?

³ Véase para los procedimientos concretos de cada una de las vías analíticas, las contribuciones de Huffschmid y Wildner en este libro.

El Estadio Azteca, construido en los años sesenta, es una edificación asociada a la modernidad arquitectónica. Figura como uno de los estadios más grandes del mundo, ubicado no en el centro sino en la sureña periferia de la ciudad. Es un espacio restringido, más un adentro que un afuera, accesible sólo a través de las entradas controladas, y es de propiedad privada del consorcio mediático Televisa. No es entonces, en sentido estricto, un espacio público, sino uno privado que bajo determinadas restricciones se *abre al público*. Al realizarse ahí el cierre de campaña panista, el primer evento masivo político llevado a cabo en el estadio, se enlazan dos repertorios semióticos: el fútbol y la política, es decir, la política “se traduce” metafóricamente en términos de deporte y competencia.⁴

En cambio, el Zócalo, en pleno Centro Histórico de la Ciudad de México, es una construcción urbana asociada más bien a la tradición y la historia, en un sentido amplio. Es el origen mítico de la ciudad y el símbolo de la nación. Aquí se reproduce diariamente la vida cotidiana, al mismo tiempo que es el escenario de la representación oficial y política, con la bandera encarnando la misión nacional, el lugar de encuentro también para la oposición. La plaza se encuentra enmarcada por los edificios que la rodean, es un espacio abierto, un afuera absoluto, quizá el lugar más accesible —y por lo tanto “democrático”— de la ciudad; un lugar donde todo parece posible.

El Monumento a la Revolución y la Plaza de la República es un espacio asociado con un periodo específico de la historia mexicana: la construcción del México posrevolucionario, la Revolución institucionalizada por el PRI. Es una plaza abierta, pero enmarcada por una arquitectura de una funcionalidad específica, nada casual, que alberga las grandes organizaciones priistas (sindicatos, instituciones, etc.). El monumento gigantesco, para siempre inacabado, ubicado en la periferia del Centro Histórico, sin duda es un afuera, pero se queda al margen del tejido simbólico de la ciudad.

El concepto de *escenificación* es el que tal vez resume mejor y nos permite pensar la espacialidad y discursividad como un todo significativo, no divisible entre sí. Si lo pensamos en términos de teatralidad, resulta evidente que el escenario (conceptualizado y también construido) no es separable del texto que ahí se “pone en escena”, tanto el libreto hablado como también la obra base, incluyendo dimensiones espacio-discursivas como la escenografía, los actores, iluminadores, los sonidistas, etc. El concepto metafórico del teatro incluso nos permite abrir más la óptica, tomando en cuenta también la misma “casa de teatro”, con su arraigo histórico y sus estructuras directivas y administrativas, y también el público, la resonancia mediática, las respectivas “reseñas”.

Veamos —en cada una de las escenificaciones— un elemento clave de cualquier teatralización política, que es la entrada: mirar cómo entran los protagonistas principales al escenario y se relacionan con las características espaciales de éste.

⁴ Hay datos contextuales importantes para este enlace: el hecho de que hoy en día Televisa establece alianzas económicas ya no sólo con el PRI, sino más bien con el PAN, y que también algunos jugadores del equipo nacional durante la campaña promovieron abiertamente el voto panista. Sin embargo, justamente un día antes del evento el equipo mexicano perdió el partido y quedó fuera del campeonato mundial, por lo que la escenificación panista recurrió menos de lo que hubiera esperado a la metáfora futbolera en términos de “ganar”, “equipo”, “espíritu de triunfo”, etcétera.

Felipe Calderón va bajando, literalmente, a través de los estrechos pasillos del estadio, no visible directamente para el público esperante, pero sí seguido por las cámaras de video. El escenario es una superficie plana y vacía en medio de la cancha, en forma de una gigantesca boleta cruzada, sin más atributos u objetos. De entrada, Calderón todavía camina un trecho en el borde del escenario, tocando manos de sus partidarios, seguido por esposa e hijos. Fuera de ese primer contacto físico, y en el momento de empezar a hablar, Calderón se queda solo sobre el escenario, y en constante movimiento desde un lado hacia el otro.

En contraste, el PRI instaló una larga pasarela del monumento hacia el escenario principal, atravesada entre los ahí congregados. Es una pasarela elevada, a la altura de hombres o cabezas, pero no constituye una barrera insuperable para hacer contacto con el candidato. Éste no sólo se inclina para tocar manos, sino permite también que algunas personas se suban a la pasarela, se deja tocar, hasta admite el abrazo; hay una intimidad corporal que contrasta con la esterilidad del PAN y que parece corresponder a una tradición priista de “hacer cuerpo”.⁵ El escenario como tal se delimita por una pantalla de video, que corta la mirada que une virtualmente con el Centro Histórico. En primer plano hay arreglos florales; llegando ahí, Madrazo saluda a los otros oradores, quienes se retiran del podio para cedérselo a él, como lugar de habla.

Finalmente, López Obrador llega literalmente “desde abajo”, atravesando casi toda la plancha del Zócalo, en medio del pueblo ahí congregado, retenido por unas rejas. No llega a un escenario vacío, sino lleno de otros cuerpos expuestos, como telón de fondo viviente. Habían llegado unos 20 minutos antes de que arribara el candidato; algunas –pocas– caras conocidas, parados en tres o más filas, la mirada hacia el público, aplaudiendo pero no emitiendo palabra; una suerte de coro silencioso. El mensaje encarnando por esta presencia corporal –más de cien cuerpos juntos– parece ser múltiple: por un lado “no está solo”, en vista de las campañas de desacreditación y las críticas de la supuesta actitud caudillesca de López Obrador. Hay un efecto “democratizante”, de escenario compartido entre muchos, y también la exposición de quienes “dan la cara” en apoyo de López Obrador. Por otro lado, la presencia silenciosa, una suerte de *backup* o respaldo, parece contradecir la “democracia escénica” del primer efecto, confirmando el monopolio discursivo del candidato. El mensaje es doble: sí habla en nombre de todos nosotros, pero sólo él puede ocupar el lugar de la palabra.

Partiendo de la idea de que sólo la conjunción de discurso y espacio constituye el escenario, podríamos preguntar por los efectos de sentido si se dice lo mismo en tres diferentes *espacios*. Un ejemplo es la afirmación “ya ganamos”, empleada por cada uno de los tres candidatos como una suerte de mantra en su cierre de campaña, pero que en los tres adquiere un sentido muy distinto. En el Estadio Azteca el lema se sitúa en una especie de competencia político-deportiva (y con ello también en el contexto involuntario de la derrota futbolera del día anterior). Es una especie de porra: queremos ganar, podemos ganar, pero sabiendo que no la tenemos ganada aún, que son posibles las derrotas y que hay que esforzarse. En el Monumento a la Revolución el “ya ganamos” de Madrazo adquiere un sonido muy distinto: es coreado por los presentes con la relativa certidumbre de que *no ganarán*, al menos no estas elecciones. En una suerte de obstinación se reclama para sí el triunfo histórico, el monopolio de

⁵ Véase la contribución de Hélène Combes en el capítulo sobre “Tomar partido...”, en este libro.

la historia mexicana, aunque en el presente ya se haya perdido el monopolio de la victoria electoral. En cambio, el “ya ganamos” en el Zócalo se nutre de un espíritu casi opuesto: refleja la firme convicción de la plaza de que las elecciones prácticamente ya se ganaron. A diferencia del PAN, la competencia es declarada por terminada, ya no hay competidor a vencer. López Obrador —quien en ningún momento, en contraste con sus contrincantes, se quita el saco— habla como hombre de Estado.

PRÁCTICAS, APROPIACIONES, INSCRIPCIONES

Las prácticas urbanas adquieren muchas formas: por *prácticas espaciales* entendemos si las personas actúan en el espacio, se mueven o se sitúan en él, lo usan y con ello lo significan. Esto último sería la intersección con las *prácticas discursivas o semióticas*, en tanto prácticas significantes. Habría que distinguir entre dos tipos de prácticas discursivas que le asignan sentido a lo urbano: el hablar en la ciudad y el hablar sobre la ciudad. Nos referimos a las narrativas metropolitanas, por ejemplo. Partiendo de nuestra experiencia empírica, en este espacio enfocaremos lo primero. Concebimos entonces las prácticas urbanas como procesos de uso, apropiación y significación, como actuación generadora de espacio (*raumproduzierendes Handeln*). A diferencia del término “interpretación”, que equivaldría a la extracción de sentidos presuntamente ya existentes, preferimos hablar de *significación*, ya que es un concepto procesual que le asigna a los espacios un significado *en el acto*.

Cabe preguntar si las prácticas urbanas, siempre efímeras, se condensan en el imaginario y pasan a formar parte de la memoria del espacio y del lugar, cómo se inscriben en los lugares y cómo se materializan estas inscripciones. Son preguntas nada fáciles de contestar, ya que la mayoría de las inscripciones no se marcan física o espacialmente, con excepción tal vez de los sitios de memoria, como la Plaza de las Tres Culturas, donde una “práctica represiva” —la masacre del 2 de octubre de 1968— llevó a la construcción de una estela conmemorativa y condujo, en el curso de 2007, a la construcción de un nuevo memorial del 68. Pero en una plaza tan polivalente como el Zócalo es mucho más complicado constatar las inscripciones de lo acontecido o “practicado”, ya que la mayoría de ellas no dejan huellas visibles, más bien se inscriben en los imaginarios y estos a su vez inciden en las prácticas espaciales. Un ejemplo es la suposición de que el Zócalo fue apropiado tan intensamente por el gobierno perredista de la ciudad a través de todo tipo de prácticas culturales (conciertos, ferias de libros, etc.), pero también políticas, que los otros dos frentes electorales decidieron “ceder” en esta ocasión —y a diferencia del 2000— la plaza a López Obrador y no competir con el capital simbólico acumulado en ese lugar. Para comprobar esta hipótesis, y con ello el poder de las inscripciones imaginarias, se tendría que investigar más a fondo el contexto de las decisiones político-espaciales que tomaron los actores en cuestión. En todo caso, es interesante constatar que esa apropiación por el gobierno del Distrito Federal haya sucedido sin intervenir en la materialidad de la plaza, sin dejar huella tangible.

Sin embargo, los imaginarios y narrativas que constituyen el sentido de la plaza distan de ser unívocos. No es, por supuesto, sólo el gobierno de la ciudad el dueño semiótico de la plaza, sino también el gobierno federal, representado por la fachada del Palacio Nacional, y por la Iglesia católica, a través del bastión semiótico más poderoso, la catedral barroca. A la vez, el Centro Histórico, como contexto urbano del Zócalo, es resignificado por las prácticas de inversionistas privados, quienes bajo el lema de la

restauración empiezan a crear nuevas localidades para el consumo y la compra. Como proceso de *gentrification*, ello origina, inevitablemente, efectos materiales de reconfiguración espacial. Curiosamente, este proceso aún no alcanza al Zócalo, dónde el único cambio material fue la instalación de una nueva asta bandera, en 1996, tres veces más alta que la anterior. Aunque haya habido un par de convocatorias para la reestructuración de la plaza, bajo el gobierno de Cárdenas en 1998, ninguno de los cambios propuestos se ha realizado. Se podría deducir que esta no-intervención también corresponde a una decisión política espacial: mantener abierta la plancha como espacio libre, sin marca, como escenario en potencia.

Es muy probable que la materialidad del Estado Azteca tampoco sufra ningún tipo de modificación por el simple acto político. Pero es posible que la escenificación panista, la primera expresamente política en el estadio, haya dejado sus huellas en el imaginario de ese lugar. Para saber si efectivamente es el caso, se podría pensar en una encuesta cualitativa, de preguntas abiertas, sobre las ideas que las personas asocian con el estadio, o también sobre cuáles son los lugares urbanos más asociados con el PAN. Una encuesta así revelaría posiblemente el poco arraigo espacial de un partido como el PAN. Ello se debe, por un lado —así lo suponemos—, al perfil político relativamente bajo en el espacio público de la urbe, vinculado por supuesto al hecho de que la ciudad es gobernada por los adversarios políticos; y por otro lado, se debe también a la configuración social de su base social, de clase media y alta, con un uso limitado de lo que se concibe como espacio público. Un ejemplo de esto fueron los festejos de la victoria de Felipe Calderón en julio de 2007: los que festejaron “espontáneamente” no se movieron a pie, sino principalmente en coche, tocando el claxon y ondeando su banderita del PAN por la ventana.⁶

CONTROL Y PODER

Una práctica espacial importante es la del control, la vigilancia y la distribución del espacio. Ello se vuelve evidente en los controles de acceso, tanto en el Estadio Azteca como en el Zócalo, lo que aparte del controlar efectivamente a quienes entran al espacio conlleva a la vez un efecto semiótico: escenificar la “seguridad” como dispositivo para demostrar poder. Otros dispositivos de control tanto del espacio material como del imaginario del evento temporal son las rejas, las delimitaciones, los ejes de visibilidad. En estos dispositivos se articula el espacio con la categoría discursiva del poder.

El control no se concibe sin su contraparte, el descontrol, aquella parte incontrolable de cualquier evento cargado de una fuerte densidad semiótica. En el caso del PAN fueron, por ejemplo, las multitudes de personas que, habiendo hecho un enorme esfuerzo por llegar hasta el estadio, se quedaban fuera de las entradas aunque la capacidad del estadio no se haya llenado del todo. En cualquier caso, habría que considerar la posibilidad de que haya sido un efecto intencionado: escenificar un estadio desbordado. El evento más descontrolado, en términos espaciales, fue el cierre del PRI, cuando dos grupos empezaron a liarse a golpes por unas sillas, cuestionando así los controles dispuestos sobre la

⁶ Uno de los pocos lugares apropiados y significados por el PAN es el Ángel de la Independencia; antes, el espacio había sido asociado principalmente como club, un lugar para festejar las victorias —e incluso las derrotas— futboleras.

espacialidad del evento. Asimismo, fue notorio el esfuerzo considerable por controlar —es decir, sintonizar y homogeneizar— a los cuerpos y las voces de los presentes, cuando los animadores incitaban a mover los brazos de un lado hacia el otro, o a corear todos juntos ciertos eslóganes.

Pensamos que son sobre todo estos dispositivos de control, de fuertes cargas semióticas, los que hacen notar semejanzas estructurales en la constitución de los espacios políticos temporales por encima de las diferencias ideológicas entre las tres opciones electorales: la creación de una expectativa redentora, los esfuerzos por homogeneizar las multitudes, el lanzamiento de marcas políticas, entre otras.

4. ESPACIALIDAD Y DISCURSIVIDAD: DESAFÍOS CRUZADOS PARA LAS PRÁCTICAS ANALÍTICAS

¿Qué es el espacio para el texto? Un escenario en el cual se pone en escena un hecho textual y a la vez su caja de resonancia. Pero aun sin texto, el espacio es una configuración discursiva, cargada de capas de sentido que a su vez inciden en los efectos o las funciones discursivas del hecho textual, porque —como vimos— hay una enorme diferencia si algo está dicho en un lugar o en otro. Vimos también que no son separables entre sí las materialidades físicas, sociales y discursivas. Gran parte de la materialización espacial —a menos que sea producto de una devastación natural— es parte y producto de un proceso y una interacción social y por lo tanto discursiva. Dicho en otros términos: la decisión de si en el Zócalo se plantan árboles o no es el resultado de una negociación política, urbanística y por ende discursiva.

Queremos averiguar cómo se compenetran, en los casos estudiados, las dimensiones discursivas y textuales. ¿Cómo incide el espacio en los efectos del discurso, cómo se inscribe el discurso en el espacio? ¿En qué contribuyen los enunciados textuales y otras prácticas semióticas a la configuración discursiva de un espacio? Y nos planteamos otra pregunta: ¿los lugares hablan, (sos)tienen un discurso? Creemos que los lugares en sí, aunque estén configurados discursivamente, no “hablan”. Los que sí “hablan” son los nuevos espacios surgidos a partir de las prácticas observadas y registradas. ¿Qué implica todo esto para las prácticas analíticas, para poder “leer” los espacios y “situar” los textos? ¿Cómo podemos cruzar los métodos y hacia dónde, hacia qué tipo de aprendizaje nos llevan estos cruces?

REGISTROS, OBSERVACIÓN, LECTURAS

Si algo tienen en común el “espacio” y el “discurso” en el sentido que aquí esbozamos, es que no son “visibles” a simple vista; son entidades abstractas, nada evidentes por sí mismas. Lo que sí podemos registrar es una gran cantidad de elementos que integran el espacio y también las texturas del texto. Estas características y fragmentos los debemos registrar sistemáticamente. Aunque parece obvio que el punto de partida de todo análisis es la “simple” e incondicionada observación de los hechos, ésta en realidad ya se marca por una serie de disposiciones previas acerca de cuáles son los rasgos de las materialidades textuales y espaciales que se van a observar y registrar.

Una precondition para la observación etnográfica es la capacidad de ubicar y revisar constantemente el propio *point of view*, de hacer conciencia del ángulo de la mirada propia, desde dónde estamos leyendo y observando, nuestro arraigo tanto biográfico como también en los repertorios metodológicos y teóricos que marcan nuestro territorio base. Esta “auto-ubicación” sirve para transparentar el hecho de que no hay tal cosa como la observación objetiva, pero que tampoco estamos expuestos del todo a las arbitrariedades o casualidades. Se trata de explicitar qué y por qué hemos escogido determinada mirada y determinadas categorías.

Creemos justamente que de esta “actitud etnográfica”, concebida como disposición de revisar las premisas del propio mirar subjetivo, se podría aprender para el análisis de lo discursivo. Porque en cierto sentido la lectura también es un ejercicio que nos exige explicitar un *point of view* como punto de partida para descifrar los efectos de sentido, incluyendo efectos de asombro y extrañamiento, en contra de las suposiciones estructuralistas acerca de los automatismos semióticos intrínsecos en las estructuras del lenguaje.⁷ Será siempre la propia observación, de texto y espacio, la primera caja de resonancia de posibles efectos de sentido.

Lo que sigue después de esta observación sistemática-selectiva es la *descripción* de lo observado, armar una suerte de registro. En el procesamiento de este registro ambas prácticas analíticas se parecen y a la vez se distinguen. El corpus de los datos espaciales (registrados a través de maniobras de “flaneo”, observación sistemática, cartografía, entre otros) es primero descrito y luego interpretado en un contexto más amplio, por ejemplo, la materialidad de un edificio o una plaza que nos permite concluir acerca de la función de este edificio o esta plaza. El análisis del discurso sí registra lo textual, pero no conoce en sí una descripción neta de lo discursivo, sino sólo distintas maniobras de lectura, como práctica significativa, con distintas ópticas y niveles de profundidad. Estas lecturas nos permiten la construcción, primero de un acervo (más amplio, una especie de “flaneo” asociativo por el universo textual), y luego de un corpus, resultado ya de una lectura mucho más sistematizada y sistematizante. En términos de productividad epistemológica valdría la pena preguntarnos cuáles son las limitaciones o los puntos ciegos de cada enfoque y dónde se podrían complementar.

El análisis del discurso como análisis textual observa la configuración de lo dicho. Puede detectar cómo la semiosis social se manifiesta y se materializa en la escena de lo verbal. Explora las prácticas discursivas y –más allá de lo verbal– semióticas que se realizan en un espacio, la palabra pública en este caso. Puede abarcar también cómo los hablantes se refieren a este espacio y en el capital simbólico acumulado en él. Lo que no ve, al menos “no a primera vista” (y tal vez nunca) es cómo este texto se sitúa en su entorno espacial, cómo y de qué se constituyen estos capitales simbólicos, incluyendo las prácticas no-discursivas, cómo incide el hablar en el espacio. No dispone en sí de instrumentos para la lectura de lo espacial y lo multidimensional. Asimismo, la mirada del analista del discurso se enfoca hacia la *palabra pública*; en un cierre de campaña ello equivale a las escenificaciones discursivas desde arriba, la palabra del candidato y demás oradores, y también la auto-presentación de los grupos ahí congregados. Lo que no se registra de esta manera es la relación interactiva de cómo es recibida la escenificación de arriba por “los de abajo”. Sólo se registra como una especie de reflejo (aplausos, interrupciones),

⁷ Véase Carbó (2001: 66) y Huffschmid (2007).

pero no como interacción discursiva. Para poder abarcar esa relación —que incluye toda una gama de expectativas, tensiones y desilusiones— se requiere de la observación etnográfica de reacciones y actitudes entre los oyentes (atención, aburrimiento, enojo, etc.) y también de la interacción directa, no pública (a través de entrevistas *in situ* o posteriores); en este último registro se estarán generando materiales textuales que luego podrían muy bien ser explorados en sus texturas lingüísticas y discursivas.

Una lectura cualitativa de lo discursivo sólo registra o describe aquello que es enmarcado por alguna suposición o hipótesis sobre el funcionamiento del lenguaje. No se trata, por ejemplo, de contar cuántas veces se dice “nosotros”, sino más bien cómo este “nosotros” está semantizado en cada uno de los casos, cuáles son las constelaciones de sentido posibles de esta figura pronominal. A lo largo de las primeras lecturas, y también gracias a los saberes contextuales —tanto generales (culturales) como específicos (circunstanciales)— se van formando estas suposiciones que nos servirán como óptica analítica para lecturas más cercanas. Por un lado, aspiramos a un registro minucioso de lo dicho (partiendo de que nada de ello es casual); por el otro, en las mismas lecturas de registro ya se generan algunas ideas acerca de sus posibles efectos semióticos.

En cambio, podríamos denominar como procedimiento etnográfico y por lo tanto inductivo a una postura que se propone el registro de marcas y características sin que ello implique necesariamente alguna hipótesis acerca de posibles constelaciones de sentido. El punto de partida del quehacer etnológico cualitativo es precisamente el no saber, el no entender (aún) lo observado, lo que facilita abrir la percepción hacia toda marca no descifrable, y sin sentido (*senseless*), a primera vista. De lo que se trata es registrar, con todos los métodos disponibles, todo lo que está ahí, incluso más allá de lo que se antoja significativo a primera vista: registrar no sólo, por ejemplo, la presencia de bocinas (evidentemente importantes en un acto político), sino también edificaciones tan marginales como lo pueden parecer los sanitarios públicos. Como ya se dijo, este registro sistemático no carece de disposiciones previas, producto de otros métodos asociativos, que buscan reconstruir la perspectiva subjetiva de los actores, su percepción del espacio y sus significados; aparte de *flaneos*, *mental maps* y *freelists*, ahí también figuran las observaciones subjetivas de la propia investigadora, para poder identificar un corpus de lugares, preguntas y miradores.⁸

Desde esa perspectiva abierta —e inductiva—, por un lado se plantea la pregunta hacia el análisis de discurso sobre cómo sus categorías, hipótesis y resultados pueden relacionarse, y en su caso revisarse, con la subjetividad de los actores; ¿cómo sabe el análisis de discurso que las categorías analíticas y los efectos semióticos detectados son efectivamente compartidos por los actores en juego? Una posible solución etnográfica podría consistir en el regreso al mismo lugar: de probar los resultados de las primeras lecturas en una segunda ronda investigativa, tanto en interacción con los actores (no necesariamente los mismos) como también con las materialidades del corpus.

Por otro lado, el del análisis del discurso que no acepta una distinción tan nítida entre descripción y análisis, se cuestiona la relación entre una descripción cuantitativa y la lectura cualitativa de un

⁸ Véase Wildner (2005, 2003).

hecho espacial. Es decir, ¿cómo conceptualiza la exploración etnográfica del espacio todos los saberes contextuales que influyen en la configuración de esa nueva espacialidad emergente? ¿Dónde termina el registro y cuándo empieza su lectura analítica?

Ciertamente un registro abierto presupone una serie de disposiciones, por ejemplo, categorías para la observación sistemática, que sin embargo deberían ser y mantenerse ampliables. Tanto en el registro como tal, así como en la codificación posterior de los materiales, se detectan efectos impredecibles. Un solo y simple ejemplo: en los registros espaciales del Estadio Azteca aparecía frecuentemente la mención de la escasez de baños para mujeres, de modo que se formaban largas filas de mujeres esperando su turno. Se hubiera podido identificar de antemano este tipo de lugares (sanitarios) como un lugar significativo, basándose en la suposición de que probablemente justo ahí se negociaba el sentido de la escenificación política, mujeres entre sí, sin la presencia de comentaristas masculinos, esperando, sabiéndose no observadas, en un lugar relativamente íntimo y a la vez de acceso público. Sobre esta “hipótesis etnográfica” se hubieran elegido los sanitarios para mujeres como uno de los puntos estratégicos de observación. No es la dimensión cuantitativa (cuántos baños) lo esencial, sino más bien la relación entre sanitarios y asistentes. Sólo la escasez genera la fila y por lo tanto un espacio comunicativo observable.

Este ejemplo nos enfrenta con las dificultades de una etnografía temporal, de eventos y escenificaciones efímeras, irrepetibles, de un solo día. Como una de las características esenciales de la exploración etnográfica, se ha definido precisamente como condición el volver sobre un lugar, continua y repetidamente, como secuencia de probar, revisar, redefinir constantemente las premisas y categorías del mirar. Si en nuestros recorridos sistemáticos por la materia logramos identificar lugares significantes, donde “pasan cosas”, sin que lo hubiéramos esperado, tendríamos que variar el ángulo de la mirada, pasar del registro cuantitativo desde una “perspectiva de pájaro” al acercamiento radical y la penetración de las estructuras internas del lugar o de la situación. En el análisis de discurso este acercamiento equivaldría a un *close reading*, una lectura cercana y minuciosa de un solo texto, con lupa lingüística. En ambos casos se trataría de un procedimiento que podríamos denominar como descripción densa y *analítica* de las materialidades espaciales y discursivas.

5. CIERRE Y REAPERTURA

Cruzar el análisis etnográfico del espacio con una lectura analítica de lo discursivo nos permite constatar y comprender la emergencia de nuevas espacialidades (temporales, en este caso) en la urbe. No es en sí mismo lo dicho y sus efectos, ni tampoco las características del escenario como tales, sino la conjunción de ambos, que nos habla de un nuevo espacio en el sentido de espacio público (*Öffentlichkeit*) donde se constituyen y se articulan identidades políticas que trascienden a la particularidad del evento. Inciden ahí las prácticas espaciales y discursivas, el tipo de escenificación, la configuración de los respectivos escenarios. Los tres espacios específicos que fueron observados en este ejercicio empírico resultaron muy distintos entre sí, lo que se confirmó cuando probamos que incluso “las mismas palabras” emitidas (“¡ya ganamos!”) pueden adquirir un sentido completamente distinto en cada

uno de los lugares.⁹ Ello se explica por la diferencia entre los escenarios materiales, pero también por las condiciones y los saberes contextuales de cada una de las puestas en escena.

Como procedimientos cualitativos, en ninguna de las dos vías analíticas se aspira a un mero inventario cuantitativo o una mera cartografía de los datos registrados, sino más bien a poner de relieve constelaciones de sentido. Más que mapas producto de una sistematización condensada de los materiales recopilados, nos proponemos construir “mapas de sentido”, en los que lo espacial y lo discursivo, lo dicho y lo escénico, se entretejen indisolublemente.

Estas dos dimensiones a su vez abarcan otras dos dimensiones significantes que podrían incorporarse en futuros proyectos analíticos desde una perspectiva multidimensional: los cuerpos y las imágenes. Si lo que nos interesa es investigar el significado del espacio material, *tangible*, sobre todo en tiempos de una creciente virtualización, desterritorialización y mediatización de la política, tendremos que enfocar también, como otra dimensión de espacialidad, la presencia de los *cuerpos* en el espacio. ¿Cómo se posicionan, cómo lo comparten, cómo se apropian físicamente de él, cómo se relacionan con el otro (cuerpo)? ¿Cómo utilizan al propio cuerpo como plataforma discursiva (playeras, etc.)? ¿Cuál es el discurso de la corporalidad, cómo “habla” el cuerpo, los lenguajes corporales –de cercanía o distancia, de espacios individualizados o de formaciones de cuerpos de personas? De ahí nace otra pregunta: ¿cuáles son las imágenes que se crean de esta distribución –y experiencia– de los cuerpos en el espacio? Con ello, nos referimos a dos dimensiones. Por un lado, las imágenes (fragmentos, encuadres) que se generan y difunden en la reconstrucción mediática del acontecimiento material, de cómo se enfocan desde los medios masivos este espacio material y los cuerpos distribuidos en él, por supuesto también en su dimensión discursiva. Por el otro lado, desde una perspectiva propiamente etnográfica, preguntaríamos por las imágenes creadas en los presentes, y también los ausentes (los consumidores de los artefactos mediáticos), de cómo el evento se inscribe en los imaginarios, claves para la constitución de nuevos espacios inmatereales, generadores de sentidos e “identidades”.

Estas cuestiones nos llevan, en el plano *metodológico*, al complejo terreno de la multidimensionalidad, a preguntar por las posibilidades –y posibles limitaciones también– de una etnografía multidimensional. ¿Cómo vincular el análisis de lo discursivo y lo espacial con la antropología y el etnvideo, con los métodos de investigación social, cuantitativa y cualitativa, con el análisis de los medios? ¿Cuáles son, por ejemplo, los imaginarios pre-existentes de los asistentes y cómo reciben lo dicho en escena, sus efectos semióticos, en qué sentido incide en sus imaginarios? ¿Cuál es la textura discursiva de la reconstrucción mediática del evento?

Finalmente, quisiéramos plantear una serie de *cuestiones epistemológicas*, todas evidentemente entrelazadas entre sí, proyectada como una convocatoria para pensar en conjunto, desde la experiencia investigativa de cada quien y también desde la posibilidad de crear enlaces transdisciplinarios:

⁹ La misma pregunta por nuevas espacialidades, sólo en sentido inverso, se puede plantear cuando distintos actores políticos se apropian de una sola plaza, como fue el caso de los cierres de campaña de 2000 (véase Tamayo, 2002).

- ¿Cómo definir la *etnografía*, la observación en el campo?, ¿hasta qué punto es posible ampliar esa definición para poder abarcar, por ejemplo, la dimensión discursiva o mediática?, ¿puede haber una etnografía de lo efímero y lo extraordinario?, ¿cómo relacionar –analíticamente– texturas de cotidianidad con estados de excepción?
- ¿Cuál es la relación entre descripción, registro y análisis?, ¿puede haber registro sin presupuestos analíticos?, ¿cuáles son las premisas para una “*densa descripción analítica*”?
- ¿Cuál es la relación entre una *perspectiva del flaneur* (deliberadamente subjetiva, situándose como caja de resonancia y percepción) y una *aspiración objetiva*, del dato duro y su sistematización?, ¿cómo dar constancia de la heterogeneidad de lo registrado, las variantes del actuar y sentir, sin con ello caer en la arbitrariedad “subjetivista”?, ¿cómo hacer visibles las categorías colectivas (los *hidden scripts*, imaginarios, inconscientes óptico-discursivos), sin con ello caer en una estéril y previsible homogeneización de lo registrado?
- ¿Cómo relacionar la exploración del *detalle* (nivel micro, *close reading*), con los saberes acerca de las estructuras *macro* y diversos contextos (políticos, socioeconómicos, culturales)?

- Baumann, Zygmunt (1997), *Flaneure, Spieler und Touristen – Essays zu postmodernen Lebensformen*, Hamburg, Hamburger Editionen.
- Bourdieu, Pierre (1991), “Physischer, sozialer und angeeigneter Raum”, en Wentz, Martin (ed.), *Stadt-Räume*, Frankfurt/M, Campus.
- Braig, Marianne y Anne Huffschnid (2009), “Los poderes de lo Público: hacia una categoría transdisciplinaria para (re)pensar sociedades en transformación”, en Marianne Braig y Anne Huffschnid (eds.), *Los poderes de lo público. Debates, espacios y actores en América Latina*, Madrid Iberoamericana, Vervuet.
- Carbó, Teresa (2001), “Regarding Reading: On a Methodological Approach”, en *Discourse & Society*, 12 (1).
- Delgado, Manuel (1999), *El animal público*, Barcelona, Anagrama.
- Fraser, Nancy (1999), “Rethinking the Public Sphere. A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy”, en Craig Calhoun (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, Cambridge, Cambridge/MIT Press.
- Gluckman, Max (1940), “Analysis of a Social Situation in Modern Zululand”, en *Bantu Studies*, 14.
- Hannerz, Ulf (1980), *Exploring the City*, Nueva York, Columbia University Press.
- Harvey, David (1993), “From Space to Place and Back Again: Reflections on the Conditions of Postmodernity”, en Jon Bird (ed.), *Mapping the Futures*, Londres, Routledge.
- Huffschnid, Anne (2007), “De los cuerpos al corpus. Una experiencia investigativa en torno al discurso zapatista y sus ecos en el mundo”, en *ELA, Estudios de Lingüística Aplicada*, núm. 46.
- _____ (2004), *Diskursguerilla: Wortergreifung und Widersinn. Die Zapatistas im Spiegel der mexikanischen und internationalen Öffentlichkeit*, Heidelberg, Synchron Publishers.
- Lefebvre, Henri (1990), *Die Revolution der Städte*, Frankfurt/M, Athenäums.
- _____ (1994), *The Production of Space*, Oxford, Blackwell.
- Löw, Martina (2001), *Raumsoziologie*, Frankfurt/M, Suhrkamp.

Rogers, Alisdair/Vertovec, Steven (eds.) (1995), *The Urban Context – Ethnicity, Social Networks and Situational Analysis*, Oxford, Oxford Berg Publishers.

Rotenberg, Robert (1993), “Introduction”, en Rotenberg, Robert/McDonogh, Gary (eds.), *The Cultural Meaning of Urban Space*, Westport, Bergen and Garvey.

Tamayo, Sergio (2002), “La Plaza cedió la nación... La plaza retuvo la ciudad”, en Tamayo, Sergio, *Espacios ciudadanos, la cultura política de la Ciudad de México*, México, Sábado Distrito Federal.

Verón, Eliseo (1996), *La semiosis social: fragmentos de una teoría de la discursividad*, Buenos Aires, Gedisa Editorial.

Wildner, Kathrin (2003), *Zócalo-Die Mitte der Stadt Mexiko. Ethnographie eines Platzes*, Berlín, Dietrich Reimer Verlag.

_____ (2005), *La plaza mayor, ¿centro de la metrópoli? Etnografía del Zócalo de la Ciudad de México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana.